

UNA ENTREVISTA CON EDMUNDO O'GORMAN

Teresa RODRÍGUEZ DE LECEA
Consejo Superior de Investigaciones Científicas

EN EL PROCESO DE INVESTIGAR la filosofía de José Gaos y su presencia en el pensamiento actual en México, apareció el nombre de Edmundo O'Gorman como uno de los más destacados representantes de la historiografía mexicana contemporánea, tanto por sus múltiples y valiosas obras, publicadas durante una larga vida, como por una labor de formación de historiadores desde su cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Es conocida su íntima amistad con el exrector de la Universidad de Madrid, que se inició desde la llegada misma de los transterrados a México y que se prolongó hasta el fin de su vida.

Don Edmundo me concedió esta entrevista el 25 de mayo de 1995, apenas unos meses antes de su muerte.

...

Pregunta: ¿cómo conoció a José Gaos y cómo se despertó su vocación filosófica?

O'Gorman. Comencé por hacer la carrera de derecho y ejercí la profesión de abogado durante unos nueve años. Pero siempre tuve mucha afición a la lectura, sobre todo en inglés, porque soy medio irlandés y medio inglés. Y llegó un momento en que me aburrí la profesión de abogado. Fue una especie de rayo, como el que tuvo San Pablo. Estando en mi despacho con uno de mis clientes al que

yo le llevaba los asuntos, leí los papeles que traía, de una hipoteca, y me dije: "Ahora o nunca. Yo no quiero seguir más de abogado. Dios no me trajo al mundo para hacer esto". Le devolví los papeles a este excelente amigo y le dije: "Mira a mí no me importa lo que pienses, pero yo no quiero seguir en mi vida de abogado litigante. No quiero. Desde este momento, no volveré al despacho". De manera que lo dejé.

Pero poco después, acostumbrado como estaba a ganar dinero en el despacho, me encontré un poco en el aire, y un buen amigo que estaba en Gobernación me dio un puesto en el Archivo General de la Nación. Eso sí que fue para mí un encanto porque la historia siempre me ha gustado: desde niño he leído mucha historia. Y de esa manera ganaba dinero en una cosa que me gustaba mucho. Allí, en ese archivo, me encontré como en el paraíso: manejaba papeles y documentos, en vez de leyes. Para mí fue la gran oportunidad de enterarme de la intimidad misma de la historia de México. Ese archivo es enormemente rico, sobre todo en la parte colonial, que es la que yo estudiaba más. Y esto ya me encauzó, de una manera seria, a lo que yo quería ser: historiador.

Volví entonces a la universidad, a la facultad de filosofía, y allí reconocieron mis estudios legales. Entré a la facultad con un doble carácter, como maestro, porque yo daba clases, y como discípulo.

P. ¿En qué materia daba clases?

O'G. Yo había escrito, como abogado, un librito de historia jurídica. Un libro que tiene muchas ediciones ahora, que se llama *Historia de las divisiones territoriales en México*, y que se lee muchísimo. Yo no diría que sea mi mejor libro, pero me dio pie para entrar como profesor en la facultad con esa materia. Y luego tenía que suplir las materias que me faltaban para obtener el título de doctor en filosofía y letras. Fue en ese momento cuando vinieron los españoles refugiados, y tuve la suerte, muy grande, de encontrarme casi de inmediato con José Gaos, y trabar amistad con él. Él era entonces mi guía y también mi maestro. Entré a sus cursos, estudié todas las materias que él

daba, y para no hacer esto más largo, pasé todos los trámites, obtuve mi maestría en filosofía y luego el doctorado.

P. ¿Usted asistió también a sus cursos de metafísica?

O'G. Mire usted, al final no, porque Gaos, en un gesto quijotesco, se marchó de la facultad. Hubo unos conflictos universitarios y con un gesto a la española, que a mí, en el contexto, me pareció un poco exagerado, se fue a dar clases a El Colegio de México. Y ahí ya no le seguí. Los más importantes fueron una serie de cursos de historia de la filosofía, que es filosofía, por supuesto. Y así es como me aficioné a eso y combiné, como era normal, la filosofía que estaba estudiando en esos cursos, con la historia. Porque mi primer libro, la *Historia de las divisiones territoriales en México*, era de historia. Y luego combiné historia y filosofía, cosa muy frecuente, pues no están peleadas. Entré a la Facultad de Filosofía para dar mis cursos sobre diferentes materias, sobre todo filosofía de la historia, y ya me quedé allí para el resto de mi existencia, hasta la fecha.

P. Desde los años 40, José Gaos, Justino Fernández y usted formaban un grupo de amigos muy íntimo ¿no es así?

O'G. Yo era muy amigo de Justino desde la niñez; él era crítico de arte. Pero sí, hicimos un pequeño grupo muy cerrado, muy íntimo. Además iban Gustavo Pizarro, que ya murió, Enrique del Moral, que ya murió... Un pequeño grupo en torno a Gaos, por decirlo así, que teníamos la costumbre de merendar o cenar una vez por semana.

P. Justino cuenta una experiencia que tuvieron juntos, cuando fueron a un convento a vivir con los frailes. Aunque parece que no les duró mucho.

O'G. Pero eso no tuvo que ver nada con Gaos, que ni siquiera había llegado a México. Fue una aventura clásica de adolescencia de jóvenes, nada más por... pues no sé por qué, por esas cosas de chicos.

P. Siendo los tres profesores, en esas reuniones semanales, naturalmente, discutían sobre los libros o las tareas que tenían entre manos, ¿no?

O'G. Sí, claro.

P. Entonces, ¿su libro sobre *La invención de América* también lo que discutieron allí?

O'G. No. Ése fue un libro muy personal. No tengo memoria de las fechas, se me olvidan todas, por eso soy buen historiador. No, ninguno de mis libros propiamente tiene una directa influencia de la enseñanza de Gaos. A Gaos le considero mi amigo y mi maestro en el sentido más que formal, en el sentido de una amistad íntima, de vernos muy seguido. Y era un hombre muy sabio, un excelente expositor en la cátedra. Ese contacto puedo considerarlo parte de mis estudios, pero no formales. Esas reuniones no eran como de clase, sino de amigos para tomar café, platicar de todo lo que hubiera: de teatro, de algún libro, de algún chisme de la facultad, en fin, de alguna cosa, pero no formal. Pero sí lo considero como parte muy importante de mi formación, porque sería muy ingrato que no reconociera todo lo que le debo de enseñanza. Como le digo, fui a sus clases también, pero yo ya era mayor, ya estaba formado, era abogado. Sabía mucho más de la vida que Gaos, ¿no?

P. Siempre se les ha considerado como un tándem, en el sentido de que su exposición de filosofía de la historia era, en cierta manera, el complemento de lo que habría hecho Gaos, si hubiera hecho filosofía de la historia. En ese sentido se compenetraban muy bien, ¿no?

O'G. Sí, quizás sí. Es muy difícil decir qué le debe uno o no a los profesores. Sobre todo cuando se es ya gente madura. Un niño sí sabe lo que debe a su profesor. Pero yo era un hombre formado, con nueve años de práctica en tribunales y para el mundo y el conocimiento del mundo, yo era más sabio que Gaos.

P. De lo que no cabe duda es de que usted ha sido un innovador en el panorama de la historiografía mexicana.

O'G. Creo que eso sí. Ahora, si eso se lo debo a Gaos o no, la verdad, no lo sé.

P. La relación con la escuela de Altamira, con Silvio Zavala, se hizo un poco conflictiva, ¿recuerda eso?

O'G. Sí. Cuando Silvio vino a México, trajo su fama de estudiante muy adelantado de esa escuela de Altamira, un maestro español ya viejo y muy reconocido. Sí, hubo cierto conflicto porque Silvio trajo esa fama y le nombraron inmediatamente miembro del Colegio Nacional y todo eso.

Yo desde luego era más historicista que un historiador: el historicismo con su relativismo y, en fin, toda la corriente que considero vigente para entonces y todavía hoy. Yo había leído muchos textos publicados por el grupo de Ortega y Gasset y también textos ingleses. Entonces, hubo un claro conflicto, en el sentido de que esa visión de la historia muy positivista, que es en realidad la de Altamira, me parecía muy respetable, pero anticuada; que había que pensar otra historia, que se haga otras preguntas, que tenga otros intereses, otro punto de vista más filosófico, más relativista y no absoluto; sin las pretensiones del positivismo de poder presentar una visión de la historia como verdad absoluta. Todo eso que empieza con Nietzsche, con Bergson, con todo este grupo que es una verdadera rebelión contra el positivismo. Y en México lo seguí un poco y me convertí en su caudillo en mis clases. Tuvieron mucho éxito, porque ya estaban aburridos de este grupo de historiadores. Entre Silvio y yo más que un pleito hubo una oposición, evidentemente. Creo que fui un poco violento en mi crítica a su tipo de historia. Pero no llegamos a un pleito-pleito. Ahora nos vemos y nos saludamos, sólo que considero que mi punto de vista es enteramente distinto al suyo.

P. Llegaron incluso a acordar un debate, a varias bandas.

O'G. Sí, pero no acudió. Él no fue.

P. Quizá ésa es la polémica que hubiera resultado más interesante.

O'G. Sí, pero la verdad, no tuvo lugar. Entiendo que se sintió incómodo, pero nunca me dijo por qué no asistió y ya no se celebró. De un lado yo había nombrado a Gaos y a Ramón Iglesia, que eran mis dos amigos; y él había nombrado al señor Altamira y a algún otro de la posición positivista, Domingo Barnés, creo. Ellos sí se presentaron, pero ya no hubo propiamente la discusión que pensábamos que sería con él. Fue un poco un fracaso. No sé si se enfermó, no lo sé.

P. Sin embargo, la discusión con Bataillon no fue tanto de método, como de contenidos.

O'G. No. Ésa fue una polémica más bonita y la discusión con Bataillon se publicó en un librito.

P. Lo que he observado es que las críticas de Gaos o las reseñas de Gaos a sus libros, suelen ser bastantes elogiosas, y se percibe la comunidad de ideas. Pero en la última, en 1968, en *Historia y ontología*, Gaos hace un planteamiento un poco distinto.

O'G. Sí

P. ¿Ustedes discutieron ese tema, ese planteamiento?, porque él busca un sustrato más hondo, filosófico y parece acusarle de ser sustancialista.

O'G. No, no hubo una plática al respecto, no fue el resultado de una confrontación personal. El lo escribió por su cuenta.

P. Pero lo que le dice, lo que le reprocha y le llega a confrontar como última pregunta fundamental es si las esencias son ideas y las ideas son esencias, ¿es que las ideas históricas tienen una esencia eterna e inmutable, o acaso son otra clase de ideas que, como históricas, varían de contenido y significado? Usted, ¿qué contestaría a esa pregunta?

O'G. Pues así de repente, ¿qué se le ocurre a usted?, no lo tengo presente ahora, hace mucho tiempo.

P. Pero ahí hay una cuestión muy importante, porque parece que Gaos es el que varía.

O'G. Era él el que más había variado. Si alguien se hizo más sustancialista fue él, no yo.

P. ¿Usted afirmaría, más bien, que las ideas tienen su vida propia?

O'G. Sí. Quizá eso es un relativismo que le pareció excesivo, pero mire usted, es natural pensarlo así. Un filósofo va a tender hacia el absolutismo; no es que lo sea, pero va a tender. Un historiador, tiende hacia el relativismo necesariamente, porque justamente está viendo el transcurso del tiempo y el proceso de las ideas. La tendencia del filósofo es hacia una verdad más firme, por no decir más absoluta. El historiador, al contrario. El tipo de historia que a mí me gusta y la que yo he hecho —porque también hay el tipo del historiador positivista, por supuesto—, es al contrario: es ver cómo se desarrolla un pensamiento histórico en vista de las circunstancias, y que no se puede hacer la pregunta clásica del sentido de un suceso en el sentido

positivista. Su sentido es relativo. A la pregunta antigua clásica de ¿qué sentido tiene el asesinato de César?, uno responde, sí, tiene sentido, pero dentro de un contexto. La única manera de llegar a ese sentido no es preguntándole al suceso, sino insertándolo en la circunstancia en que se da y, por lo tanto, es relativo.

P. Eso es el primer paso, muy orteguiano. Pero después de eso se plantean una serie de cuestiones que no son fáciles de resolver coherentemente, y en eso es en lo que quería profundizar Gaos. Hay una pregunta entre los filósofos, pero también entre los historiadores, en definitiva ¿quién es el sujeto de la historia?, y hay muchas posibles respuestas. Si no nos planteamos una pregunta tan grandilocuente, sino desde el punto de vista del historiador, del que hace historiografía, ¿es que cada historiador, cada lector, hace su propia historia, a la vista de los datos?

O'G. Yo diría que cada generación. Es mejor pensarlo así, no tan individual como cada historiador. Aunque dentro de la generación haya diversidad, sí hay un sentido, una manera de pensar. Por ejemplo, Ramón Iglesia y yo pensábamos en esa tendencia y nos reíamos mucho de los positivistas. Pero, analizado así, quizá yo era más historicista que él. Son variantes, no cosas que se puedan puntualizar, hasta aquí sí, hasta aquí no ¿verdad?; podíamos decir que me tocó este momento interesante, que venía desde el siglo XVII [que ya es decir] de ir viendo, ir comprendiendo y aceptando que si la historia es el estudio del hombre, porque su sujeto es el hombre y la vida humana, de suyo es imposible que pueda pronunciar verdades semejantes a las de las ciencias naturales. Lo que pasó es que en el siglo XVII el éxito de las ciencias naturales fue tan grande [porque se hicieron las grandes matemáticas: Pascal y Bacon, etc.], que la historia se sintió menoscabada, y entonces hubo ese intento muy serio, sobre todo en los alemanes, de hacer una historia positivista, como si fuera una historia objetiva. Pero en el siglo XX privó la tendencia del otro lado. En España, Ortega es muy importante porque entiende la vida humana como algo que no se puede asir de una manera igual que la del botánico analizando una planta. ¿Cuántas

hojas tiene una planta?, le interesa al historiador, pero al botánico no le importa, porque todos los pinos tienen igual número... Y hubo gran división ya en mi generación, porque yo soy un poco más joven que Gaos. Pero esa generación se dividió en este tema con mucha intensidad. Escolarmente, hubo todavía muchos en la escuela positivista, y los más independientes, digamos, rebeldes, engrosamos la escuela relativista, el historicismo.

P. Además de Gaos, la historiografía norteamericana era a la que se tenía más en cuenta en México, ¿no? ¿Cuáles eran los libros que tenían más influencia?

O'G. No, la historiografía norteamericana tuvo poca influencia, no sé si por los que fueron a estudiar historia allá. Pero decir historiografía norteamericana, es mucho decir, como si fuera única. Tiene variables, hay historiadores muy interesantes, muy buenos; también hay absolutismo y relativismo. En términos generales, es muy puntillosa, de muchas notas, muy objetiva, muy descriptiva, y no se hace preguntas generales. Yo tuve polémicas con historiadores norteamericanos como Lewis Hanke, por ejemplo, y la polémica era una extensión de la que enfrentaba aquí, porque los norteamericanos, en términos generales, salvo los más talentosos, son todavía muy objetivistas, muy positivistas.

P. ¿Y el caso de Toynbee?

O'G. Toynbee es un caso muy distinto. Sin embargo, a mí no me gustó mucho. Me gustó que escribiera un inglés muy bonito y además fuera un hombre inmensamente sabio, inmensamente erudito. Era extraordinario. Pero nunca me entusiasmó. También tenía su caída muy positivista.

P. ¿Tuvo un gran impacto, tanto en Gaos como en Ortega?

O'G. Lo que pasa es que Toynbee en su tiempo tuvo un éxito bárbaro. Un gran impacto. Pero a mí, quien me impactó fue Ortega.

P. ¿Recuerda qué obra?

O'G. Pues todas. Pero además tiene una obra específica sobre historia, ¿no?

P. Sí, *Historia como sistema* y también el prólogo a la *Historia* de Émile Bréhier tiene mucha importancia en la descripción de su pensamiento sobre la historia.

O'G. Era un hombre muy inteligente, muy atractivo. A mí me sedujo.

P. ¿Le conocía ya en profundidad antes de la venida de Gaos?

O'G. Sí, aquí teníamos toda su bibliografía y leíamos la *Revista de Occidente*.

P. ¿Considera que es más central en su pensamiento que el mismo Gaos?

O'G. Pues sí, desde luego. Pero también, porque Gaos le dio a conocer y Gaos me hizo leer a Ortega. Leí todas sus obras.

P. ¿Tuvo relación con otros exiliados españoles?

O'G. Conocí a García Bacca, pero él, Bacca no hizo historia. Debe haber muerto ya. Era de la generación anterior a la mía, muy seductor, pequeños destellos muy bonitos. Gaos le animaba mucho a escribir. Sabía muchas cosas, y era cura además, bueno, fraile, y tenía páginas enteras que discutían cosas que a nadie le importaban. "Pero a él sí le importan", decía Gaos. Era muy inteligente, a él no le gustaba dar clase, aunque dio clase toda su vida. Luego se fue a Venezuela, se marchó pronto de México.

P. ¿Cómo es la historiografía en México después de la obra de Gaos?

O'G. Ha pasado algo curioso. Cuando yo daba clase en la universidad, tuve muchos alumnos. Mi clase era, perdonando la vanidad, un éxito. Se llenaba el salón y tenía yo mucho "pegue", como se dice aquí. Todavía ahora, a mí me conmueve mucho que cuando hay una sesión en la universidad, todo el mundo se pone de pie y me aplaude. Que no lo merezco, pero así pasa. Pero ha habido lo que yo considero un retroceso lastimoso. La lección que dejó Ortega, incluso antes, porque Ortega no es un hongo que nazca de repente, y después con Gaos y conmigo, ha desaparecido. Yo puedo decir que no tengo alumnos, que pesó muchísimo la tradición positivista, y que sigue pesando muchísimo. Mire usted, yo no veo ahora a un historiador mexicano que me entusiasme para nada.

P. En España está ahora alguien que se considera su alumno, y que trabajó con usted: Juan Marichal.

O'G. Ah, sí. Es un chico muy inteligente y muy simpático. Pero él está en Princeton.

P. Él está en España, ahora.

O'G. Ah, ¿ya se fue de Princeton? Porque yo lo envié ahí, yo soy culpable de que haya ido a Estados Unidos. Culpable, pero le hice mucho bien, porque allá se casó y tenía un buen puesto. Muy simpático e inteligente, y tengo muy buen recuerdo de él. Pero yo no puedo evaluar su pensamiento, porque no estoy así muy al corriente. Pero lo que yo le conocí, me pareció una gran promesa. ¿Qué hace ahora?

P. Pues él está haciendo una historia del pensamiento liberal en España. El término que utiliza es el de humanismo solidario, denominando así la aparición de ese pensamiento en los pensadores de habla española, desde 1492, que él propone como surgido del contacto de las dos culturas. Ahora lo está escribiendo como libro.

O'G. Pues puede hacer un libro muy bonito.

P. Él estudió mucho también a Manuel Azaña.

O'G. Tenía una tendencia muy política, y no me refiero al político de plazuela.

P. Es que en España hemos tenido unos historiadores políticos muy agresivos. Marichal es un elemento equilibrador.

O'G. Me parece muy interesante. Yo le traté bastante poco cuando él se arrimó a mí. Tuvimos una amistad, me simpatizó y salió la oportunidad de que me pidieran de los Estados Unidos un candidato y le pregunté si se quería ir, y me dijo que sí. Entonces lo mandé allá e hizo una carrera. Lo quieren mucho, es muy buen maestro, muy cumplido. Mi recomendación le sirvió mucho, y alguna vez que anduve por ahí lo vi y estuvimos juntos. Pero se alejó mucho, ya no sé nada de él. Creo que tendrá un buen recuerdo mío.

P. Pues sí, le puedo decir que le recuerda con mucho cariño. Volviendo a su obra, el libro sobre el criollismo usted lo escribe después de la muerte de Gaos, o por lo menos aparece después.

O'G. En fin, no llega a libro. Yo ya escribo muy breve, porque me parece un error escribir libros muy grandes

ahora. Nadie los lee, no hay tiempo, el libro grande está fuera de época. Digo, en la Edad Media eran inmensos, no grandes sino inmensos, pero creo que con toda la tendencia de la televisión, el libro sigue teniendo su lugar predilecto, pero no tanto, y si quiere uno que lo lean, hay que escribir corto.

P. Es que Gaos, en su crítica de *Historia y ontología*, hablaba de que usted consideraba la esencia de América como el ser la "nueva Europa". ¿Eso influye algo sobre el planteamiento de su libro sobre el criollismo?

O'G. Sí, claro, por supuesto. Y luego surge el gran conflicto de nuestra historia que es el criollo y el peninsular, precisamente, porque el criollo, creo que lo expongo, dice uno ¿es indio? pues no; ¿es español?, pues no. Hay mucha diferencia con un gachupín. Ése es el hombre americano, americano de la América española. Eso es lo que digo, creo.

P. Por eso le preguntaba si hay una directa relación, porque decir que la esencia de América es ser la "nueva Europa"...

O'G. Yo creo que usted me está calumniando, porque yo no creo haber dicho eso.

P. Gaos dice que lo dice usted.

O'G. Es una palabra que todos usamos, pero a la que le tengo pánico. Yo creo que no existen las esencias. Pero en fin, la nota, distinguida, especial, específica, esencial, ¿eso dice?

P. Sí, se lo comento, porque me parecía casi un reproche. Él dice que usted identifica la esencia de América, con la "nueva Europa". Que la esencia de América consiste en ser la "nueva Europa".

O'G. Ah, bueno, eso sí es cierto. Ésa es fundamentalmente una aproximación a mi tesis de la idea del descubrimiento. *La idea del descubrimiento* me parece a mí lo mejorcito de lo que he escrito. Dentro de la concepción del mundo tripartita, viejísima, desde los babilonios, imagínese, surge entonces como cuarta parte, pero cuarta parte que todavía no dice qué es, porque está pegada a las otras partes, para que sean cuatro. Lo que digo es que lo

que lo distingue es esa parte que no es una continuación ni de Asia ni de África, sino que es una prolongación de Europa. Y se diferencia luego mucho, pero es una "nueva Europa". El sentimiento inicial es una nueva Europa. Y creo que todavía es más o menos válido.

P. Creía ver en la respuesta del criollismo, por lo menos una matización, a esa "nueva Europa", como esencia propia, no referencial.

O'G. Más que esencia, como distinción, lo que lo hace distinto. Por ejemplo, nosotros hablamos un español muy suave, muy bonito ¿verdad? La gente educada habla un español muy bonito, mejor que el español de España, me parece a mí. Entonces, la liga con la Nueva España, pues se llama Nueva España, que tiene con España una liga ontológica, evidentemente, pero supongo que lo que dije yo es que el criollismo es el producto visible, histórico de esa diferencia, que ni es indio, ni es español. Es la creación de un tipo de hombre, de una manera de hombre distinto. Y eso sí me parece clarísimo. Creo que contesto a su pregunta. No estoy seguro.

P. También quisiera preguntarle otra cosa: como le he dicho, estoy trabajando sobre la influencia de Gaos en el México actual ¿piensa que para averiguar eso, debería entrevistar a otros historiadores?

O'G. Mire usted, Gaos tuvo un grupo de amigos, entre los que yo fui muy distinguido, el más cercano a Gaos. Porque Justino era crítico de arte. También Juan Ortega y Medina al principio, pero después no. Escribe libros bonitos, pero se volvió positivista.

P. ¿Y la escuela de la historia de las ideas que surge después de Gaos?

O'G. Bueno, sí. Pero mire, yo fui crítico de eso siempre, porque a mí me parece que toda la historia es historia de las ideas, inevitablemente. Eso lo tomó más Leopoldo Zea, que fue un discípulo mucho más directo de Gaos. Su tesis doctoral que es su mejor libro, *El positivismo en México*, tuvo influencia muy directa de Gaos.

P. ¿Y no considera que la escuela siga a Gaos?

O'G. Pues yo creo que ya no tiene escuela.

P. Hubo además de Zea, un buen puñado de personas, sobre todo filósofos, que hicieron tesis doctorales, sobre historia de las ideas o historia de la filosofía mexicana.

O'G. Cómo no. Sí, en ese grupito en que estuvo Villoro y los Hiperiones. Pues ése sí fue un grupo muy derivado de Gaos. Pero ahora, con excepción de Villoro, los que quedan, que ya no sé quiénes son, reniegan de la paternidad de Gaos. Dicen que les hizo perder el tiempo.

P. ¿Por qué piensa que eso es así? ¿Es una especie de complejo freudiano, de matar al padre?

O'G. Pues claro que sí. Es una cosa muy fea. Muy falta de gratitud. Por ejemplo, a Rossi le he oído decir, "fue profesor", en un tono muy negativo. No quieren reconocerle, como yo le reconozco, que fue un excelente profesor. Es más, creo que la tragedia más íntima de Gaos es que fue un estupendo expositor y un pésimo escritor. Es horrible leer a Gaos. Yo tengo un libro que me dedicó. Lo leí, claro, y no le entendía ni en parte. Un día me comentó Américo Castro: "Pues ¿qué le pasa a Gaos?". "Pues, don Américo, no sé, ¿qué le pasa?". Y contestó "Pero es que no se puede escribir sin verbos", comentó Américo. Esa es una crítica general, porque no se podía leer ese libro. Muy mal, escribía muy mal. Muchos paréntesis, fechas para acá para allá. Salvo alguna cosilla breve, que era bonita, es ilegible. No invita a la lectura, siendo discípulo, de lo contrario que fue Ortega. Ortega yo creo que además de lo original que tiene, era un escritor extraordinario. Yo creo que era muy seductor y creo que todavía se lee. Yo leo a Ortega con gusto en cualquier momento y eso no me pasa con mi amigo Gaos. No le he vuelto a leer.

P. Con gusto, desde luego, es difícil.

O'G. Escribía muy mal. Yo le decía a Gaos: "Vamos a grabarle a usted y eso publicamos". No le gustó nada. "Hombre ¿es que mis frases no son correctas?" Claro, una frase puede ser perfectamente correcta gramaticalmente, pero no se trata de eso. Tuvo una pequeña dificultad ahí, pero es cierto, yo escribo mucho mejor.

P. Y los otros discípulos de Gaos, Salmerón...

O'G. Salmerón es un poco más cercano. Escribió la tesis, ¿no?

P. Sí. Es un poco más joven que Zea. Pero tampoco sigue la misma trayectoria. Y Vera Yamuni, que ha escrito también algo sobre Gaos. Es curioso ese corte que hay después de él.

O'G. Sí, es curioso. Un hombre que tuvo mucha influencia, que fue muy nombrado y todo, pero yo creo que se debe fundamentalmente a su falla como escritor, porque leerlo es un martirio.

P. Y quizá el hombre más joven que en este momento se reconoce como su discípulo es Andrés Lira.

O'G. Andrés Lira, sí. Cuando se fue a El Colegio, Andrés fue el que lo recibió más, lo trató más y fue su amigo. Sí; está muy bien visto por usted. Andrés es un muchacho inteligente. También le falta escribir un libro bueno, que puede escribir algún día. Es el más cercano hoy, sin duda.

P. ¿Cómo se explica que Gaos sea más reconocido por los historiadores que por los filósofos?

O'G. Mire usted, Gaos daba unas lecciones estupendas. Pero él tenía la caída de ser historiador. Y la verdad, no era. Se volvía positivista con la historia. Es donde yo no lo seguí para nada. Cuando él llega, yo ya era un historiador, era lo que me gustaba. Y la verdad, cuando él hacía historia, hacía historia positivista. Era la que le gustaba, y no este vuelo que creo que tengo de interpretación muy libre, muy suelta. Creo que es la que tengo, la que me gusta. Ahí no le debo nada. Yo tengo muy pocos alumnos, y además ya murieron, porque ya vivo tantos años que, claro. Fue muy cercano a mí Eduardo Blanquel. También Manrique, el crítico de arte y Josefina Vázquez, quizá también.

P. ¿Hay alguno de sus libros por el que tenga preferencia?

O'G. Sí, quizá. Escribía con mucho cariño uno sobre la virgen de Guadalupe. Porque hay libros muy ordinarios sobre la virgen de Guadalupe: la llaman "la vieja esa" y cosas así. Muy feo. Mi libro es muy ecuánime. Ahí encontré que el verdadero héroe era el arzobispo.

P. ¿Por ir contra viento y marea?

O'G. Bueno, forzado por la situación de los indios. Sigue siendo un gachupín, ya viejón y además muy gachupín, y se vio obligado a darles a los indios un culto para dominarlos.

Entonces, la virgen de Guadalupe es un fenómeno estupendo, porque empieza por ser un culto muy español, las ferias y todo eran españolas. Y poco a poco va resbalando hacia lo indio y ahora es realmente mestiza. Se ha pasado de bando. Todos los mexicanos han pasado contra los españoles, y luego es este gachupín. Era india, y ahora es mestiza. Los franceses, a quienes detesto —a los historiadores no los aguanto—, y cuando hablan de la virgen de Guadalupe..., Jacques Lafaye, por ejemplo, descubre el gran invento: que la virgen de Guadalupe tiene que ver con la nacionalidad mexicana. Por favor, ésa es una idea que no tiene nada de original. Entonces yo escribí lo de la virgen de Guadalupe, que se llama *Dispersión de sombras*,* o algo así.

P. Y ahora ¿está preparando algo?

O'G. No. Ahora ya no. Ya estoy viejo. Un libro, no. De repente alguna conferencia, algún articulito, más bien crítico, ¿verdad? Pero nada más.

P. Le agradezco mucho su amabilidad al concederme esta conversación.

* *Destierro de sombras.*